

¡Adios, Mrs. Thatcher, adios! Dossier
 Carlos Gabetta, Alex Callinicos....

14/ 4/ 2013



Thatcher, Malvinas y nosotros

Carlos Gabetta

La invasión de las islas Malvinas por el general Leopoldo Galtieri, en abril de 1982, fue el leño populista al que se aferró un dictador enfrentado a graves problemas económicos, un creciente descontento de la población y el aislamiento internacional.

La respuesta militar de Margareth Thatcher fue una lógica, previsible, reacción imperial y a la vez la decisión de una estadista de carácter, que vio en esa agresión la oportunidad de remontar su creciente impopularidad.

Tres años después de haberse convertido en la primera mujer a la cabeza del gobierno británico, Thatcher había arrasado casi todas las conquistas sociales de los trabajadores y tenía en jaque a la clase media. Había privatizado, o proyectaba privatizar, casi todas las empresas de un Estado ejemplar en asuntos cruciales como Sanidad, Educación y Transporte. El impuesto a la renta había caído del 83 al 40%, mientras el IVA, que pagan todos los ciudadanos, pasó del 7 al 15%. Thatcher era una ultraconservadora en estado puro: familia, Patria, Cristo. Nadie le debe nada a nadie. Cada uno se lo debe todo a sí mismo. Llegó a decir que “esa cosa llamada sociedad” no existía. O sea, libertad total de mercado. Pero como decía el economista y escritor español José Luis Sampedro, fallecido esta misma semana: “dicen que el mercado es la libertad, pero a mí me gustaría saber qué libertad tiene en el mercado quien va sin un céntimo”. De modo que el thatcherismo dejó a más de media Inglaterra al margen de esa libertad y debiéndole todo no “a sí mismo”, sino al sistema financiero.

Así, las elecciones de 1983 se presentaban sombrías para el partido Conservador. Ninguna encuesta lo favorecía. Thatcher era cada vez más querida por una minoría y más odiada por la mayoría. Hasta que Galtieri, otro ultraderechista y además un dictador de pésima catadura, le puso un caramelo no en la boca, sino a diez mil millas de distancia. Una minucia política y militar. Pelito para la vieja. Rapaz como era, Thatcher no vaciló. Estiró el pico, hizo polvo al insolente y se convirtió en una heroína nacional de la noche a la mañana, lo que le permitió gobernar con la misma política hasta 1990. Un año y medio después de la victoria, aplastó con tozudez y *manu militari* (diez muertos y numerosos heridos), una huelga de la Unión Nacional de Mineros –la misma que diez

años antes había provocado la caída del gobierno conservador de Edward Heath- quebrando así el espinazo de los poderosos sindicatos ingleses. El populismo, está comprobado, suele ser un recurso útil al sistema, tanto en dictaduras como en grandes democracias.

Por supuesto, ni en un caso ni en otro se trató de actitudes puramente personales. Es cierto que Galtieri bebía más de la cuenta, pero ningún ejército va detrás de un borracho si sus propuestas no se le antojan sobrias. Tanto lo eran, al menos para el nivel de embriaguez nacional, que las aprobó la abrumadora mayoría de la población argentina, incluyendo a la oposición interna y al exilio.

En el caso de Thatcher, se insiste ahora en que ordenó el contrataque desafiando la opinión del Foreign Office e incluso de algunos asesores militares. Puede que haya habido dudas, pero no debe olvidarse que Gran Bretaña fue un imperio, es el principal aliado de los Estados Unidos y el segundo en importancia militar en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Tampoco que la Unión Soviética era un importante comprador de la dictadura argentina, a la que se abstenía de condenar ante los organismos internacionales. Y la Guerra Fría estaba en su apogeo. Por algo el íntimo amigo de Thatcher, Ronald Reagan, “se abstuvo” en el conflicto (lo que no le impidió suministrar a su amiga algunos misiles aire-aire), violando los compromisos de su país en el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR). El problema es que los compromisos en el seno de la OTAN son similares. Y Reagan necesitaba a Thatcher para un combate de otra envergadura.

Ahora que Maggie *is dead*, la victoria en las *Falklands* será el eje temático de su fastuosa despedida, con cureña y honores militares y la Reina de cuerpo presente. Ocurre que en materia política y económica, más de media sociedad inglesa la odia, por no hablar de las mayorías en Irlanda y Escocia. ¿Qué otra cosa hacer con ella? Inglaterra no tiene una Juana de Arco, como su archirrival francés. Tal como están las cosas, tampoco la tendrá. Fiel a sus principios, Maggie no se quemó en la hoguera de la sociedad, sino en su propio fuego. Lo más probable es que pase a la historia como una gran populista de derechas, si es que el populismo puede ser otra cosa. Algo así como una Reina Victoria, pero nacional y popular. Claro que a la inglesa; es decir imperial.

Margareth Thatcher salió del armario populista del Imperio al mismo tiempo que el *cowboy* Ronald Reagan y Juan Pablo II, ese enorme populista del catolicismo. En poco tiempo la URSS se desplomó y la socialdemocracia entró en su actual estado de desconcierto absoluto. La necesidad hizo a la virtud. El espejismo de esa victoria política se esfumó en la crisis económica y financiera capitalista que estalló en 2008. Pero eso es otra historia.

Y por casa... Al derrotado Galtieri las cosas no le fueron tan bien como a Thatcher, como es natural. La dictadura se desplomó y lo que siguió es historia reciente. Los sucesivos gobiernos democráticos o se han más o menos desentendido del tema Malvinas, o han mantenido una política errática, imprecisa y por momentos ridícula.

Hace un año escribí aquí mismo: “Carlos Menem, que además del ‘salariazó’ había prometido recuperar las Malvinas, envió ositos de peluche de regalo a los *kelpers* y fue invitado a Londres. Ahora, otro gobierno peronista retoma el tema y, como en 1982 y 1997, vuelven a escucharse algunas opiniones y acusaciones insensatas”.

En estos días, y al margen de que hubiese aceptado ir o no, la Presidente Fernández no fue invitada a los funerales en Londres porque lo que tenemos es una política del griterío. La política exterior es raramente otra cosa que el reflejo de la interior. Mi amiga la embajadora en Londres Alicia Castro no tiene problemas en ponerse un estrafalario sombrero inglés para ir a presentar sus respetos a la Reina; tampoco para interpelar en público, fuera de agenda, al canciller británico, preguntándole “si le daría una oportunidad a la paz y se sentaría a negociar sobre la soberanía de las Islas Malvinas” (<http://www.lanacion.com.ar/1469508-alicia-castro-sorprendio-al-canciller-britanico-al-preguntarle-por-malvinas>).

¡Una oportunidad a la paz! ¿Otra vez con esas? Uno podría pensar que si a Cristina se le ocurriese ordenar otra invasión, casi todo el mundo estaría de acuerdo, aunque cabe suponer que el Estado

Mayor la desaconsejaría. En las Malvinas hay ahora algo más que isleños.

Y así vamos. En el referendun celebrado en las islas, como es lógico, la opción probritánica hizo la unanimidad. Entre nosotros se siguen ignorando voces y advertencias sensatas como la de Luis Alberto Romero, entre otras. Todas son acusadas a derecha e izquierda y sin más, de "probritánicas".

Es difícil concebir más torpeza e insensatez.

Anejo: La Dama de Hierro y la BBC

Durante la guerra de Malvinas el *staff* de la BBC sufrió presiones del gobierno y los parlamentarios. Pero resistió.

Es una historia llena de anécdotas, que se puede resumir en una: ante lo sesgado y confuso de los informes provenientes tanto del gobierno como del Alto Mando militar, el presentador de *Newsnight*, Peter Snow, comenzó un día un informe con esta frase: "De creer a los británicos..." Etcétera.

Ante el furor y las presiones oficiales, Sir Ian Trethowan, entonces director general, declaró simplemente que "La BBC debe preservar su reputación de decir la verdad". *The end*. (NdlR): Cualquier comparación con el comportamiento de la actual agencia estatal Télam, en situación mucho menos grave, correrá por cuenta del lector.

Carlos Gabetta, periodista y escritor argentino, trabajaba durante la guerra de las Malvinas en la agencia *France Press*, en París.

<http://www.perfil.com/elobservador/Thatcher-Malvinas--y-nosotros-20130413-0060.html>

Murió Margaret Thatcher, una brutal guerrera de la clase dominante

Alex Callinicos

Quienes recuerdan lo que Thatcher hizo a los mineros (y a muchas otras comunidades de la clase trabajadora) preferirán inmortalizarla como el poeta Shelley inmortalizó a otro político conservador, Lord Castlereagh, después de la masacre de Peterloo en 1819: "Encontré el asesinato en el camino/ tenía una máscara como Castlereagh".

Y es que a lo que se dedicaba Thatcher era al asesinato. A veces el asesinato era metafórico (de industrias y comunidades). Con todo, destruyó vidas humanas.

Otras veces el asesinato era real. Supervisó la guerra sucia que se estaba desarrollando entonces en Irlanda. La crueldad de Thatcher también se hizo manifiesta cuando condenó a los huelguistas de hambre irlandeses a la muerte en vez de concederles el reconocimiento como presos políticos por el que estaban luchando.

Los 907 miembros del personal militar argentino y británico muertos en las Islas Malvinas en 1982 no habrían muerto si Thatcher no hubiera decidido retomar por la fuerza una absurda anomalía colonial. Su legado fue que continuara la posesión británica de las Malvinas, lo que sigue envenenando las relaciones con Argentina.

Thatcher se regodeaba con la guerra. Cuando finalmente su gobierno decidió prescindir de ella en noviembre de 1990, suplicó permanecer como primera ministra hasta que terminara la guerra que

estaba por llegar contra el Iraq de Saddam Husein.

Aunque fue moralmente despreciable, probablemente Thatcher podía afirmar que fue la última dirigente británica de importancia histórica mundial. Asumió el cargo en mayo de 1979 en una coyuntura histórica crítica.

En aquella década la economía mundial estaba entrando en su segunda gran recesión, prueba de que el largo periodo de bonanza de las décadas de 1950 y 1960 había más que acabado. Por debajo de la crisis económica hubo un brusco descenso de la tasa de beneficio sobre el capital en comparación con los años del último periodo de bonanza.

Recuperar la rentabilidad exigía forzar la tasa de explotación de los trabajadores. Pero, particularmente en Gran Bretaña, la clase dirigente estaba atrapada entre la espada y la pared. Se enfrentaba a una clase trabajadora bien organizada y combativa que durante el periodo de bonanza había construido en los centros de trabajo una poderosa estructura organizativa de base.

El movimiento de los trabajadores británicos, dirigido por los mineros y estibadores, había acabado con el predecesor conservador de Thatcher, Ted Heath, entre 1972 y 1974. La gran revuelta por el jornal de 1978-1979, el "invierno del descontento" que destruyó el Contrato Social introducido por los laboristas después de Heath, mostró la persistente fuerza de este movimiento.

Antes de que Thatcher ganara las elecciones generales de 1979, ya se había calificado a sí misma de "Dama de Hierro" para representar una forma de hacer política de la clase dirigente mucho más dura y combativa de lo que se había vuelto común en los años del periodo de bonanza. Desenterró las ortodoxias del libre mercado que habían sido enterradas con la Gran Depresión de la década de 1930.

Más que cualquier otro prominente político capitalista Thatcher promovió lo que pronto se conocería como el neoliberalismo. Pronto tuvo un aliado inmensamente poderoso en el nuevo presidente republicano de derecha de Estados Unidos, Ronald Reagan.

Pero Reagan se enfrentaba a un movimiento de los trabajadores menos poderoso y en la época en la que asumió la presidencia en enero de 1981 se pudo beneficiar del impacto de la brutal recesión impuesta por Paul Volcker, director de la Reserva Federal estadounidense, en octubre de 1979.

A Thatcher y a sus aduladores les gustaba elogiar su valor. De hecho, particularmente en sus primeros años en Downing Street, fue cautelosa y a menudo hizo todo lo posible para evitar confrontaciones prematuras que pudieran provocar una respuesta demasiado poderosa de la clase trabajadora.

Gozó de una enorme ventaja que heredó de sus predecesores, el primer ministro laborista Harold Wilson y después de él, Jim Callaghan. El Contrato Social finalmente falló, pero consiguió integrar a una cada vez más burocratizada capa de prominentes representantes sindicales para colaborar en la administración y el Estado.

Esto significó, por ejemplo, que los jefes de la gigante empresa del automóvil British Leyland podían actuar en contra de uno de los más poderosos de estos representantes. Derek Robinson, el enlace sindical de la fábrica Longbridge en Birmingham, se encontró apartado del taller y se consiguió discriminarle.

También significó que a menudo el sectarismo falsificó la solidaridad. Esto hizo que para Thatcher fuera más fácil aislar la épica huelga de mineros de 1984-1985.

Pero también tuvo suerte. Si los armeros argentinos hubieran colocado las espoletas adecuadas en sus bombas, la mayoría de los barcos de guerra británicos habrían acabado en el fondo del Atlántico sur y Thatcher habría tenido que dimitir en medio de la ignominia.

También fue afortunada con sus enemigos, lo cual fue cierto respecto a sus oponentes laboristas: primero Michael Foot y después Neil Kinnock ocultaron una política cada vez más de derecha detrás de un globo de aire caliente de retórica.

Por encima de todo esto fue cierto respeto a los dirigentes sindicales que para su eterna vergüenza permitieron que los hombres y mujeres de las comunidades mineras lucharan solos durante un año. Escuadrones militarizados de policía ocuparon pueblos mineros y los compinches de Thatcher organizaron un sindicato esquirolo a medida que la desesperación y las privaciones minaban la voluntad de lucha de los mineros.

Pero hubo momentos en los que se la podría haber derrotado, sobre todo en julio de 1984, cuando una operación organizada de esquiroleros provocó una huelga nacional de estibadores y también ese mismo otoño cuando los sustitutos de los mineros (supervisores) amenazaron con abandonar el trabajo. En ambas ocasiones la burocracia sindical acudió a rescatarla.

En el periodo subsiguiente a su victoria Thatcher trató de radicalizar sus intentos de remodelar Gran Bretaña para el individualismo posesivo del mercado. Para finales de la década de 1980 ella y su ministro de Hacienda Nigel Lawson habían maquinado la primera bonanza creada por la burbuja financiera de la era neoliberal.

Pero al final Thatcher intentó hacer demasiado. Jactanciosamente en 1989-1990 impuso el impuesto de capitación [*poll tax*] por el cual todo el mundo, fueran millonarios o indigentes, tenía que pagar la misma cantidad [de impuestos] para financiar el gobierno local.

Llegó una explosión social caída del cielo, los mayores disturbios que había visto Londres desde la década de 1930 y un movimiento de masas de 14 millones de personas que se negaban a pagar ese impuesto. Finalmente, el instinto de supervivencia obligó a los conservadores a echar a Thatcher de su búnker y a abolir el impuesto.

Esta es la lección más importante del mandato de Thatcher. Por suerte ha muerto cuando está entrado en vigor un ataque aún mayor al estado de bienestar que cualquiera de los que ella preparó. La mejor forma de venganza de clase de Thatcher sería crear un movimiento social aún mayor para acabar con el gobierno de coalición y sepultar todo lo que ella levantó aún más profundamente que el ataúd en el que va a yacer.

Alex Callinicos es miembro del Socialist Workers Party (SWP), escribe habitualmente en el semanario *Socialist Worker* y es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad de York.

Traducción para www.rebelión.org: Beatriz Morales Bastos

<http://socialistworker.co.uk/art/32952/Margaret+Thatcher%3A+a+brutal+ruling-class+warrior+is+dead>